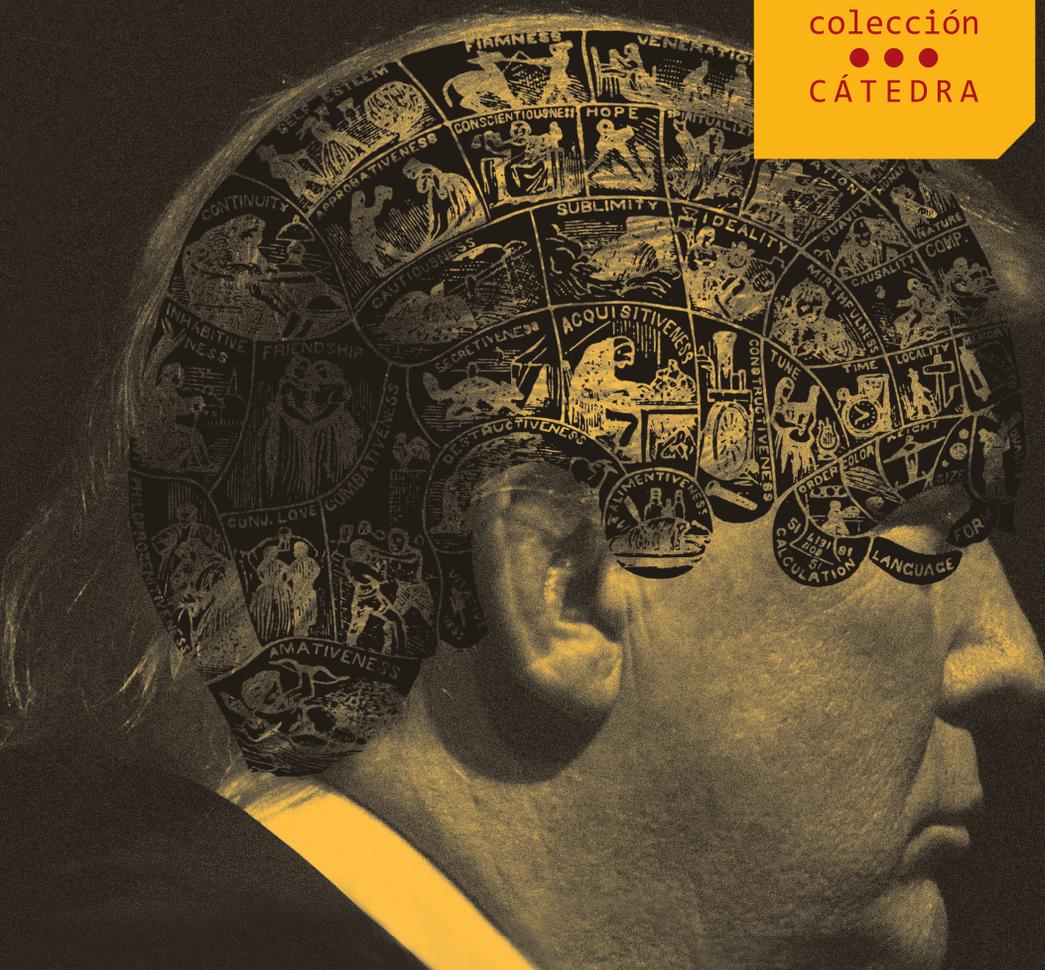


colección
● ● ●
CÁTEDRA



Trump y el barril de Diógenes

América en crisis y la crisis de la modernidad

José Rodríguez Iturbe



Universidad de
La Sabana

Trump y el barril de Diógenes

América en crisis y la crisis
de la modernidad

colección



CÁTEDRA

Trump y el barril de Diógenes

América en crisis y la crisis
de la modernidad

José Rodríguez Iturbe



Universidad de
La Sabana

Rodríguez Iturbe, José, 1940-, autor

Trump y el barril de Diógenes : América en crisis y la crisis de la modernidad / José Rodríguez Iturbe. -- Chía : Universidad de La Sabana. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, 2017.

264 páginas ; cm. -- (Colección Cátedra)

Incluye bibliografía

ISBN: 978-958-12-0437-3

e-ISBN: 978-958-12-0438-0

doi: 10.5294/978-958-12-0438-0

1. Trump, Donald John, 1946- - 2. Campaña Electoral - Estados Unidos - 2016 - Partido Republicano 3. Sociología política 4. Corrupción política 5. Cultura política 6. Filosofía política 7. Filosofía de la democracia I. Rodríguez Iturbe, José II. Universidad de La Sabana (Colombia). V. Tit.

CDD 321.8 CO-ChULS



Universidad de
La Sabana

Reservados todos los derechos

© Universidad de La Sabana,
Facultad de Derecho y Ciencias
Políticas, 2017

© José Rodríguez Iturbe

Edición
Dirección de Publicaciones
Campus del Puente del Común
Km 7 Autopista Norte de Bogotá
Chía, Cundinamarca, Colombia
Teléfono: (57-1) 8615555
Ext. 45001
www.unisabana.edu.co
publicaciones@unisabana.edu.co

Eduardo Franco
CORRECCIÓN DE ESTILO

Boga Cortés y Triana
DISEÑO DE CUBIERTA

Boga Cortés y Triana
DIAGRAMACIÓN

Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A.
IMPRESIÓN

Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-958-12-0437-3
e-ISBN: 978-958-12-0438-0
doi: 10.5294/978-958-12-0438-0
Número de ejemplares: 1000

Contenido

Introducción	11
1. El fenómeno inesperado	21
Totalitarismos y fideísmos políticos	27
¿Error contra la cultura o error de la cultura?	28
Los totalitarismos del siglo xx	40
Trump: efecto, no causa	42
2. ¿Aquellos polvos trajeron estos lodos!	45
Hegel y Nietzsche en el proceso de la modernidad	47
La visión de la historia y su raíz “teológica” en Hegel	49
El nihilismo de Nietzsche	67
Individualismo y voluntad de poder	71
Repercusión contemporánea de Nietzsche	73
3. ¿El fin de lo políticamente correcto?	85
La cuestión religiosa y lo políticamente correcto	87
4. El fundamentalismo islámico y el multilateralismo	99
El 11-S: la acción de la demencia organizada	101
La crisis del economicismo	102
Osama bin Laden y Al Qaeda	111
La crisis del multilateralismo	115
El tiempo de Obama	125

5. Migraciones y política migratoria	137
Las tragedias de las migraciones	140
La voz del papa Francisco	141
Las causas económicas de las migraciones	147
6. ¿El fin de la globalización?	
¿El renacimiento del Estado nación?	151
La globalización	151
Globalización e identidad nacional	153
La revolución industrial y la globalización	157
El nuevo regionalismo y la real globalización	159
La globalización de los asuntos interiores y el mundo del trabajo	163
7. La revolución tecnológica de la información y las redes sociales como vías óptimas de comunicación política	173
Identidad digital	177
Identidad digital y antropología filosófica	179
Ética y estructuras	185
8. La exigencia de renovación tecnológica y ética del mundo político	189
Mediatización e imaginario colectivo	189
La utopía cibernética (<i>cyberspace</i>)	190
Confusión ideológica entre educación y propaganda	194
Principios y consenso militante	196
Temor, inestabilidad y violencia	198
Videopoder y videopolítica	199
9. Crisis cultural y crisis política	201
Política de valores: conciencia ciudadana	201
La defensa de la conciencia ciudadana	206

La verdad política y la política de servicio a la verdad	209
Ética mínima y compromisos blandos: muerte de la conciencia ciudadana	212
Civismo, ciudadanía y sociedad civil	215
10. El barril de Diógenes	221
La crisis de la cultura eurocéntrica	227
La sociedad cristiana	231
El fundamentalismo secularista y la cristofobia	235
El panorama cultural y espiritual posterior a la Guerra Fría	238
Bibliografía	247

Introducción

Este no es un libro sobre Trump. Pero sí es un libro con ocasión de la victoria electoral de Trump. La idea de escribirlo la debo a Elsa Cristina Robayo Cruz, directora de Publicaciones Científicas de la Universidad de La Sabana. A pocos días de la toma de posesión de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos, ella me sugirió escribir un libro, en el cual se proyectara, en un ámbito más amplio, algunas de las múltiples visiones analíticas aparecidas en diversas publicaciones. Me pareció un reto atractivo y me comprometí a enfrentarlo. Este es el resultado.

La idea de Elsa Cristina Robayo fue feliz. Los comentarios sobre los resultados y los fenómenos que parecían configurarse después de su triunfo comicial de noviembre de 2016 en la gran nación del norte hicieron y hacen pensar en la panorámica estadounidense, pero también mucho más allá de ella. Se ha hablado de una mutación de realidades que contribuyen a ver el cambio operado en los Estados Unidos desde una óptica sobre la cual no han faltado señalamientos y advertencias de lúcidas mentes: la de estar inmersos en un proceso de cambio de época, que, como todo proceso de esa índole, suele ser un proceso no repentino y brusco, sino progresivo y de aparente lentitud, en cuanto la gestación y el parto de todo tiempo nuevo suele ser cuestión no solo de décadas sino de siglos.

Hay hechos notorios que reclaman atención y ubicación potencial por la reflexión que intenta su adecuada comprensión. El aceleramiento del tiempo histórico y la complejidad de los acontecimientos que constituyen la trama de nuestras vidas muchas veces conducen no a una cabal toma de conciencia de lo que estamos viviendo, y a desentrañar su sentido de finalidad, sino, por el contrario, a un embotamiento progresivo, a una opacidad de nuestra visión de los acontecimientos y sus circunstancias, que genera una sensación de desesperanza al no lograr

la unidad de conjunto en la experiencia de variedad y continuidad de los hechos que, con la fuerza de una catarata, nos golpean y nos arrastran, sin que logremos, a veces, no saber nada más sino que somos arrastrados.

Todo indica que se respira un cambio universal cultural-político. Ni arranca de ayer ni culminará mañana. Viene ya de lejos en su gestación y quizá su concreción se logre de manera indiscutible más allá de nuestra personal elipse de existencia. Estamos, para decirlo de entrada, ante muchas imágenes que nos acercan a la evidencia de lo indescriptible. Resulta necesario, por tanto, hablar de esas imágenes, dejar constancia de cómo vemos lo que vivimos, pero, sin agotarnos en su descripción, intentar señalar a qué rumbo apuntan.

Ese cambio cultural-político presenta como una de sus señales el fin del *american dream*, del sueño americano. No tendría necesariamente que ser así. Y, sin embargo, algunos ven como una fusión en el imaginario colectivo el fin de ese sueño y el triunfo de Trump. Pablo Guimón (2017), en una crónica fechada en Londres, destacaba que el Museo Británico exhibía el epitafio del sueño americano. La notable muestra de la obra gráfica estadounidense, según Guimón, reflejaba, a la vez, algo sobre la era de Trump. Explicaba el cronista que en la misma ala del Museo Británico donde consecutivamente en los últimos años se expusieron los restos o las ruinas de civilizaciones desaparecidas era donde se exponía la iconografía de la cultura norteamericana. Así, esa exposición, titulada *American Dream*, en su título, para Guimón, “tiene algo de testamento”, porque no es otra cosa que “el epitafio de una época, en la que el sintagma que da el título a la muestra podría pronunciarse sin ironía”.

En el caso de los Estados Unidos, el clima sociopolítico de la campaña electoral de 2016 y, sobre todo, la efervescencia continuada y mantenida después de las elecciones y de la toma de posesión de Trump en enero de 2017, parecieran mostrar, en la nación más poderosa de la Tierra en el momento actual, un estado de división como quizá no se veía desde los años previos a la guerra de Secesión. No me parece una exageración decirlo así. Viendo las manifestaciones y declaraciones con ocasión de la toma de posesión y durante las primeras semanas de su mandato, el antagonismo pro-Trump y anti-Trump parece marcar la presente coyuntura de la política norteamericana. ¿Por qué la comparación (analogía de proporcionalidad impropia) con el clima previo a la

terrible guerra civil que elevó, con rasgos heroicos, la figura de un hombre de humilde origen que supo ser un notable estadista?

Todo reino, ciudad o casa dividida no puede subsistir, enseña la Sagrada Escritura. A mediados de junio de 1858, en la Convención Republicana de Springfield que lo postularía como candidato a senador por el estado de Illinois, Abraham Lincoln leyó su discurso intitulado *Una casa dividida*. Los Estados Unidos estaban desunidos. El tema de la desunión era un tema profundamente humano con dimensión política: la esclavitud. Entre los oponentes a la esclavitud y sus defensores no había posibilidad alguna de entendimiento. La consensualidad democrática no lucía eficaz para evadir confrontaciones reales, ni para solucionar un problema objetivamente existente. Porque no solo el Gobierno sino la nación entera tenía que hacer frente —así no lo deseara— a una cuestión de principios; vale decir, a una cuestión de creencias y convicciones en aspectos fundamentales sobre las cuales se apoyan (o deben apoyarse) las elaboraciones jurídicas y políticas de quienes incursionan con afán protagónico y de servicio en la vida pública de un país. Lincoln comenzó su discurso señalando que, si pudieran saber dónde estaban y a qué atendían, podrían tener mejor criterio sobre qué hacer y cómo hacerlo. Fue un discurso nocturno ese de Lincoln el 16 de junio de 1858 en Springfield. Ante una Convención expectante recordó lo que muchos (que no buscaban ni la dignidad humana ni el decoro de la República) no querían que se recordara de esa manera. Recordó que se avanzaba en el quinto año de una deliberada política esclavista y en el quinto año de una incumplida promesa de detener la agitación expansiva sobre la esclavitud a los estados no esclavistas de la Unión norteamericana.

Una casa dividida contra sí misma no resistirá en pie.

Creo que este gobierno no puede resistir, permanentemente, a medias esclavo y a medias libre.

No espero que la Unión sea disuelta, no espero que la casa caiga... pero sí espero que deje de estar dividida.

O los oponentes de la esclavitud impiden que esta se siga extendiendo y la colocan donde la mente pública pueda descansar en la confianza de que

en el curso del tiempo se logrará su extinción final; o sus defensores la impulsan y la hacen avanzar, hasta que se vuelva legal en todos los Estados, viejos y nuevos... del Norte y del Sur¹.

No había términos medios. El reconocimiento de la realidad imponía buscar la unidad, porque la casa estaba dividida. Una unidad fundada en la justicia. Una justicia que respetara, jurídica y políticamente, la dignidad plena de la persona humana. Sabemos que a mediados del siglo XIX hubo en los Estados Unidos una dolorosa guerra, una fratricida guerra civil. Sabemos que Lincoln fue asesinado por un fanático que pensó que eliminaba a un tirano. Sabemos que un siglo después, en la década de 1960, la lucha por la plenitud de los derechos civiles y políticos rubricó su itinerario con dos nuevos mártires, con los asesinatos del presidente John F. Kennedy y del presidente de la Asociación Nacional de Gente de Color, Martin Luther King.

Antes de esas muertes causadas por el fanatismo y la ceguera de considerar imposibles los cambios necesarios, desde fines del siglo XIX el ciclo bélico advertido en 1870 por Jacob Burckhardt había comenzado y desde la Primera Guerra Mundial (1914-1818) y el crac de Wall Street (1929) el orden y el bienestar de la autocomplacencia del individualismo burgués había mostrado, con notables sufrimientos personales y colectivos, sus costuras rotas.

En 2016, la campaña mostró, en la realidad estadounidense, dos Américas contrapuestas. Más que contrapuestas, con una visión antagónica de sí mismas que dificulta enormemente la convivencia. Una, la de los *american liberals*, incrustados en el poder y dispuestos a luchar no solo por conservarlo sino por impedir, a como dé lugar, el desmantelamiento de lo que consideran sus logros y a bloquear, con espíritu de cruzada, todo programa principista de sus adversarios. Otra, la de los republicanos que, considerando que la ofensiva ideológica liberal de los demócratas se había incrementado logrando una radicalización rayana en el fanatismo en temas sensibles de principios relativos a la persona y a la sociedad, criticando lo que consideraban el barranco populista de Obama y censurando sus desaciertos y desconciertos en política exterior, se disponían,

1 <http://www.analitica.com/opinion/opinion-nacional/la-vocacion-politica-y-la-casa-dividida/>

anunciándolo públicamente, a rectificar en áreas importantes la política de los últimos ocho años.

Las elecciones mostraron un muy serio descalabro demócrata en el Congreso que otorgó la mayoría absoluta, tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes, a los republicanos. A pesar de que la votación parlamentaria mostraba claramente la orientación deseada por las mayorías ciudadanas, el resultado de la elección presidencial, en lugar de calmar los ánimos en pro de la búsqueda de consensos necesarios, ahondó más las grietas de la convivencia interpartidista. Quizá refleja amargo sabor de una campaña llena de zancadillas y ausente de zalamerías, con unos debates entre Hillary Clinton y Donald Trump no caracterizados ni por el juego limpio ni por el trato respetuoso y por la altura política, sino por todo lo contrario.

Así el comienzo del Gobierno Trump se ha distinguido por la continuidad de la agresividad del nuevo presidente y por el desesperado intento de impedir que este cumpla con sus ofertas de campaña por parte de quienes, empujados en la Administración Obama, más que lucir como los luchadores por la construcción de un futuro, dan a ratos la impresión de ser las inconsolables plañideras de un pasado ya muerto, pero que no desean ver enterrado.

En la pugna de esas dos Américas que hoy puede verse en el *ring* político de los Estados Unidos, aparecen no pocos elementos de lo que se desea considerar como lo sustantivo de este libro. La elección de Trump y sus efectos inmediatos, lo que ella aparentemente significa, es el detonante para tratar en estas páginas algunos de los elementos que parecen ubicarse en la ruta de un cambio profundo en la base cultural-política de una humanidad que, más que saber exactamente qué quiere, parece mostrar, sin ningún género de dudas, lo que no quiere. Hablar de esos fenómenos y de sus discutibles significados, aspirando a desentrañar su racionalidad social e histórica, es un intento que no puede pretender ni el carácter de diagnóstico acabado ni una condición de plenitud. Será, por tanto, el de estas páginas, una aproximación inicial, abierta a la crítica, esperando, del debate de fondo, sobre un panorama de muchas y distintas aristas, obtener algo de luz para una reflexión que, con múltiples enfoques, se prolongará, me parece, por varias décadas a lo largo de este siglo.

De las lecciones de un hecho coyuntural se aspira, pues, a reflexionar sobre ese hecho y sobre el cambio de un tiempo histórico. Porque esas lecciones, ni en su origen ni en su proyección, pueden limitarse forzosamente al hecho que las coloca como de mayor bulto ante nuestros ojos, por más importante que sea el hecho en sí y el marco sociopolítico donde se produjo.

Sería un esfuerzo inútil intentar describir desde el presente los años futuros de la Administración Trump que está comenzando. No solo porque, como se ha dicho con cierta ironía paradójica, los historiadores son profetas del pasado, sino porque el gran interrogante en el comienzo de su mandato es si el reconocimiento de la realidad moderará su estilo volcánico; si, después de haber sido un candidato con abundantes extremismos *pour épater le bourgeois*, logrará ser un presidente moderado. Su discurso ante el Congreso el 28 de febrero de 2017 puede ser un hecho que aliente la esperanza de que obtendrá la primacía de la responsabilidad efectiva del ejercicio del poder.

Unir en el título de este escrito a Donald Trump y a Diógenes de Sínope puede resultar para algunos un absurdo o una extravagancia. Me parece que no es ni una cosa ni otra. Diógenes de Sínope (412-323 a. C.) fue un filósofo griego, discípulo de Antístenes (444-365 a. C.), quien a su vez fue discípulo de Sócrates. Antístenes procuraba vivir desprendido de todo lo superfluo, Diógenes de Sínope lo imitó llegando a extremos, pues vivió en la mayor indigencia. Se le llama también Diógenes el Cínico (de *kynikós*, perruno) por el marco frugal de su existencia. Hoy el término *cínico* se aplica a quien se comporta con falsedad o desvergüenza. En el caso de Diógenes de Sínope, no fue así. Fue un socrático que, procurando vivir la pobreza como virtud, vivió desprendido de todo, teniendo por casa un tonel grande y recorriendo cada día las calles de Atenas con un farol encendido, voceando que estaba a la búsqueda de personas honestas. Al igual que Sócrates, no dejó obra escrita. Lo que sabemos de él lo sabemos por su homónimo Diógenes Laercio (180-240 d. C.), quien, considerándolo un filósofo ilustre, recogió con amplitud sus opiniones y sentencias. Como Diógenes de Sínope exaltó la virtud como base moral del recto existir

político, no está de más recordarlo aquí, evocando el origen socrático de sus planteamientos éticos.

Como Diógenes de Sínope, además, orientó su reflexión crítica y su enseñanza a la denuncia de lo convencional y a la exaltación del *dikaion physei*, lo justo por naturaleza, consideré que, buscando, como tema de fondo, hacer referencia a algunos aspectos de la cultura dominante nada más llamativo y decidí que unir, así fuera solo en el título general, a Trump y al barril de Diógenes. Trump tiene poco parecido con Diógenes. Hillary Clinton tampoco es de su estilo. El materialismo, sea cual sea su signo ideológico, está en la base de la corrupción. La corrupción moral está en la base de la corrupción política. Y con corrupción moral y política la decadencia social está garantizada. Eso podría decirlo, con mejores palabras, cualquiera de los grandes maestros de la Grecia clásica (Sócrates, Platón, Aristóteles). También podrían decirlo Agustín de Hipona o Tomás de Aquino. O, para no irnos tan lejos, un agnóstico con ansia de verdad como Albert Camus.

Hoy la política no tiene buena fama; goza de notorio desprestigio. El problema no es de la política sino de los políticos. La política es lo que los políticos que le dan vida sean. Cuando en los políticos hay alergia a la ética, la política se rebaja a quehacer de mandrines. La antipolítica no es salida. Es *contra natura*. La misma naturaleza social de la persona (el *zoon politikon* aristotélico) exige la política, como servicio al bien común. Más que proclamar la antipolítica, lo que se exige, con clamor universal, es la redignificación de la política. La razón moral debe estar en la base de la razón política. No se puede pedir honestidad política a políticos deshonestos. Y sí se debe pedir a gente honesta que asuma el desafío de participar en política, sacrificando su comodidad personal. A la audacia de la gente de conciencia torcida se suma el apocamiento egoísta de quienes prefieren criticar desde el balcón lo que pasa en la calle, pero les falta el coraje de bajar a dar su aporte personal en beneficio de todos. La honestidad humana que, con constancia angustiada buscaba Diógenes, es requisito *sine qua non* para la redignificación de la política.

Para la construcción de un porvenir con libertad, justicia y dignidad, hacen falta Diógenes y alumnos de Diógenes dispuestos a no pactar cobardemente con lo que Emmanuel Mounier llamaba “el desorden establecido”.

La política norteamericana (¡y qué decir de la latinoamericana!) ha estado muy vinculada a la plutocracia. Su rumbo no resulta ajeno a quienes procuran que los vaivenes del acontecer político no perjudiquen sus intereses. El respaldo a las opciones de poder, sobre todo en sus campañas, ha sido visto (y lo sigue siendo) como una inversión. Diógenes, según dicen, llevó su desinterés por lo crematístico a extremos indeseables de descuido de la higiene y abandono en la apariencia personal. Si con eso pretendía (y al parecer logró) sacudir la conciencia moral ateniense, no parece que su imagen sea, en ese sentido, la deseable para los políticos del presente y del futuro. Sin embargo, su enseñanza, sí. La política no puede estar uncida a intereses de grupos que solo están dispuestos a contribuir al bien común si el bien común “coincide” (con cabriolas de dudoso gusto) con su bien particular.

La vinculación de Hillary Clinton con poderosos sectores económicos y financieros de los Estados Unidos parece haberse puesto en evidencia, tanto en las primarias demócratas, en la lucha con la dominación frente a Sanders, como, luego, en la campaña electoral frente a Trump. Cuáles eran sus compromisos o limitaciones por tales nexos, con su derrota resulta absolutamente secundario. En el caso de Donald Trump, su campaña atípica, tanto en las primarias republicanas como luego frente a la candidata demócrata, reflejaron la imagen de un plutócrata, un supermillonario, con lenguaje y estilo populista. Hizo una campaña y llegó a la presidencia sin compromisos visibles con nadie; y con gran nerviosismo de los grandes centros financieros e industriales. Si la imagen que reflejó correspondía a una realidad, podemos estar ante el caso paradójico de un multimillonario dispuesto a liberar la política norteamericana de la tutoría y control de los llamados poderes fácticos que regulan (al menos hasta ahora; y no siempre con rectitud de procedimientos) la dinámica socioeconómica y la opinión pública de los Estados Unidos.

¿Logrará Trump, de veras, liberarse de sus lazos? Desde el inicio del Gobierno, y como continuidad de lo visto en la campaña, la lucha ha comenzado, en un enfrentamiento con los más importantes medios de comunicación, dentro del cual ninguna de las dos partes en pugna tiene (hasta ahora) el más mínimo

deseo de cuidar las formas. Parece una lucha de resistencia, a ver quién puede más. Es una pelea de desgaste en la cual, contra lo que pudiera inicialmente parecer, los medios de comunicación no tienen asegurada su victoria. Más allá de sus extravagancias, Donald Trump no es Silvio Berlusconi, ni los Estados Unidos son la Italia mosaico que enterró la Primera República, nacida en la segunda posguerra. Los Estados Unidos pueden estar divididos, pero no fragmentados. Ni el equilibrio de poderes del bicentenario sistema constitucional americano, delineado ya desde las páginas de *El Federalista*, en el mismo nacimiento de la Unión, tiene mayor parecido o parentesco institucional con el parlamentarismo *sui generis* vigente todavía en Italia. En 1974, Raymond Aron habló, refiriéndose a los Estados Unidos, de la “República imperial”. Pues bien, en ese Estado hegemónico del mundo pos-Guerra Fría, el presidente-emperador, guste o no, resultó, y es en la actualidad, Donald Trump. El balance acabado sobre sus aciertos y desaciertos solo podrá hacerse al final de su gestión. Mientras dure su mandato todos los análisis o comentarios (como los que se encuentren en estas páginas) solo serán intentos de aporte para una crítica valoración al término de su función presidencial.

Pueden lucir, los componentes de este libro, temas variados y reflexiones dispersas, pero, a mi entender, logran su vínculo de unidad en la crítica de la modernidad y en el intento de percibir, como algo que ya está presente, si bien en estado germinal, las convulsiones y los dolores de parto de una nueva época. Para decirlo con el fácil y elegante estilo orteguiano, una época es un repertorio de tendencias positivas y negativas, es un sistema de agudezas y clarividencias unido a un sistema de torpezas y cegueras. No es solo un querer ciertas cosas, sino también un decidido no querer otras. Al iniciarse un tiempo nuevo, lo primero que advertimos es la presencia mágica de estas propensiones negativas que empiezan a eliminar la fauna y la flora de la época anterior, como el otoño se advierte en la fuga de las golondrinas y la caída de las hojas. (Ortega y Gasset, 1958, p. 130)

José Rodríguez Iturbe

Bogotá, abril de 2017

1. El fenómeno inesperado

Las elecciones de noviembre de 2016 para la presidencia de los Estados Unidos fueron traumáticas en varios sentidos. Los debates mostraron a dos aspirantes a conducir la mayor potencia política del momento que no parecían estar a la altura del cargo al cual aspiraban. Hillary Clinton nunca logró transmitir confianza y lució como prototipo de una clase política gastada y distante, muy distante, del sentir y el pensar del ciudadano común, de la mujer y el hombre de la calle. Donald Trump parecía el multimillonario que paradójicamente prometía deslastrar la política de los grandes centros plutocráticos y se enfrentaba, de manera para muchos suicida, al poder mediático de los grandes medios de comunicación, que militantemente proclamaban su antipatía por él y su pleno respaldo por la candidata que aspiraba a ser la continuidad de Obama, yendo más allá del progresismo del primer presidente negro en la historia de la Unión.

Trump resultó el fenómeno inesperado. Visto con escepticismo cuando se incorporó a las primarias del Partido Republicano, venció, uno tras otro, a los considerados candidatos “naturales” del Partido. Con todo el *establishment* político en contra (incluido un sector importante del propio partido que lo postulaba), con la casi totalidad de los medios de comunicación de mayor significación en abierta y radical cruzada para impedir su ascenso, contra todos los sondeos de las consideradas mejores encuestadoras y los pronósticos de los más calificados analistas, fue elegido, para rabia, desconcierto, indignación e impotencia de sus múltiples y poderosos adversarios, el cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos y comenzó su mandato el 20 de enero de 2017.

Trump ha llegado a la presidencia sin compromisos políticos y económicos que pudieran limitar o condicionar su poder de negociación y su capacidad de decisión desde el ejercicio del mando desde la Sala Oval de la Casa Blanca. Y

parece estar dispuesto a demostrarlo. Quiera Dios que lo haga con prudencia y sensatez. Algunos piensan que nadie puede dar lo que no tiene. Otros, sin caer en optimismos extremos, conceden un compás de espera, con el deseo de que haga un buen gobierno. Poderosos sectores (sobre todo políticos y económicos vinculados al Partido Demócrata) han anunciado e intentan llevar a la práctica una especie de guerra a muerte contra la nueva Administración. Trump no la tiene fácil, pero tiene el poder. Y no es poco. Además del expediente de las Órdenes Ejecutivas, tan ampliamente usado por Obama para evadir *pro tempore* la fuerza parlamentaria de los republicanos, el portavoz Trump dotó al Partido Republicano de una mayoría sólida, tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes, como desde un tiempo relativamente largo no se había visto en la política norteamericana. La derrota de Hillary Clinton fue, también, por el contrario, la derrota clara y aplastante del Partido Demócrata en el Congreso.

A causa de la victoria de Trump se hicieron numerosos análisis acerca de por qué la realidad se había mostrado tan distinta de las reiteradas predicciones de quienes se suponía tenían la clave de la recta comprensión del presente y de la ineludible proyección del futuro. La mayor parte de esos análisis centraba su atención particularmente en lo que el resultado inesperado (para ellos) en una contienda electoral representaba para los Estados Unidos. Tenían sobrada razón para ello. Evidentemente, se trata de un fenómeno norteamericano de inmediata incidencia en el presente y en el futuro del gran país con hegemonía indiscutible desde el final de la Guerra Fría. Más que reconocer sus errores de predicción y cálculo, y averiguar, consecuentemente, dónde estuvieron las causas de sus fallas en el análisis y valoración de la opinión pública, muchos de esos medios y de esos analistas se han abroquelado en la censura apocalíptica de lo ocurrido, considerando que la victoria de Trump resulta en realidad un hecho no auténticamente deseado por el mismo pueblo que votó. Ellos opinan que será la fuente de tragedias de toda índole para el pueblo estadounidense y también para la paz mundial. No era deseable para ellos, pero, al parecer, sí era deseado por un alto porcentaje de ciudadanos que resultó y resulta imposible desconocer o minimizar. El que había sido objeto de crueles burlas por parte de sus oponentes en cuanto se refiere a la supuesta ignorancia de la política

internacional (dijeron, entre grandes carcajadas, que conocía la realidad mundial a través de los concursos internacionales de belleza que patrocinaba) dirige, desde el 20 de enero de 2017, la política exterior del Estado más poderoso de la Tierra. Y parece tener, justamente en política exterior, mucha más claridad y decisión que su predecesor. No se puede menos que evocar el desprecio irónico de un déspota como Fidel Castro cuando se refería a Donald Reagan, para descalificarlo, como antiguo actor mediocre de Hollywood. Y fue Reagan, en sus dos mandatos, quien superó el desastre de la política exterior de Jimmy Carter y forzó, con realismo y pragmatismo, el fin de la política de bloques y la Guerra Fría (que oficialmente cristalizaría durante el mandato de George Bush, Sr., su sucesor) con clara ventaja para los Estados Unidos sobre sus oponentes.

La realidad inesperada de la victoria de Trump ha provocado (y seguirá provocando) incertidumbre sobre lo que se consideraba el marco consolidado para la construcción del nuevo orden internacional, sustitutivo del llamado orden pos-Yalta. Ese orden, producto del acuerdo de los Aliados, después de la Segunda Guerra Mundial, entregó media Europa al *diktat* de la antigua Unión Soviética, de Stalin y sus sucesores. Desde la caída del Muro de Berlín (inicios de noviembre de 1989) se habla de la no vigencia de este. Las décadas transcurridas de entonces acá han avivado la discusión sobre el posible nuevo orden internacional. Pero siempre, se daba por supuesto, en el marco cultural-político de la modernidad. Ahora, con la victoria de Trump, es la desaparición de la continuidad del fundamento liberal lo que algunos estiman posible. Así, por ejemplo, *Foreign Affairs*, en su primer número de 2017 (vol. 96, núm. 1, enero-junio de 2017), presentó al lector interesantes artículos que se suponen escritos antes de las elecciones de noviembre de 2016 o, al menos, antes de la toma de posesión de Trump a fines de enero de 2017. Ellos tienen como denominador común la pregunta sobre el futuro del llamado orden liberal.

Joseph S. Nye, Jr. (2016) se interroga, en su escrito en esa revista, sobre la supervivencia de ese orden liberal. Según un autor tan respetado como Nye, en el siglo XIX los Estados Unidos desempeñaron un papel menor en el balance del poder mundial. (Señala, como dato de apoyo, que en 1870 la Marina norteamericana tenía una dimensión similar a la de Chile). El papel desempeñado por los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial potenció la creciente

presencia estadounidense en la política y la economía mundial. Para Nye, el mantenimiento del orden internacional liberal posterior a 1945 respondió, en buena parte, al papel desempeñado por los Estados Unidos, en las décadas de la Guerra Fría, en la confrontación con la antigua Unión Soviética. Después de señalar al populismo como contrario a la globalización, termina su artículo indicando que liderazgo no es lo mismo que dominación; y señalando que, en su opinión, el papel del Gobierno de Washington en la estabilidad mundial resulta en la actualidad más importante que nunca.

Robin Niblett (2017), por su parte, comienza indicando en su escrito la vinculación del orden internacional con la idea del progreso. También se remite al fin de la Segunda Guerra Mundial, al llamado orden pos-Yalta, afirmando que desde 1945 los *policymakers* occidentales han creído que la economía de mercado, la democracia liberal y el respeto a los derechos humanos individuales podrían realizarse en el mundo. A su modo de ver, tales esperanzas lucen hoy como ingenuas. Destaca Niblett (2017) variaciones en el tablero internacional endosables más a la gestión agónica de Obama que a la naciente Administración Trump. Indica que China ha logrado colocar en su órbita a Filipinas y Tailandia. No se detiene en su artículo en la consideración detallada de las singularidades llamativas y en la insólita retórica de Rodrigo Duterte (1945), alias *Rody o Digong*, presidente de Filipinas desde fines de junio de 2016, ni en la agitada situación de Tailandia pre- y postoma del poder de los militares en 2014. Simplemente, destaca como hechos objetivos la creciente vinculación política y económica tanto de Filipinas como de Tailandia con la China liderada por el Partido Comunista Chino con el Gobierno encabezado por Xi Jinping. Agrega Niblett que los Estados Unidos y sus aliados europeos han fracasado en la llamada Primavera Árabe y han mostrado su falta de poder en la crisis de Siria. Señala, también, que la influencia geopolítica de Rusia ha aumentado desde el fin de la Guerra Fría y que solo se han visto avances liberales en su periferia.

Tanto el análisis de Nye como el de Niblett reclaman, para la mejor comprensión del lector, una visión crítica, así sea somera y sintética, de la política exterior norteamericana en el tiempo de Obama. La encontrará, desde mi visión, un poco más adelante. Lo que de momento me interesa resaltar es que ambos destacados y reconocidos académicos básicamente centran su enfoque

en función del interés nacional norteamericano y la incidencia de las variables que ellos constatan en la esfera internacional, tanto en función del papel hegemónico (hasta ahora indiscutido) de los Estados Unidos como de la estabilidad futura del orden internacional. Pareciera que la tradicional política de contención como garantía contra potenciales agresiones y conflictos no ha logrado en la última década mayores logros ni está, cuando llega Trump a la Casa Blanca, en su mejor momento.

Lo que deseo subrayar de los análisis de Nye y Niblett es que ambos hacen referencia a la posible crisis del llamado orden liberal. Y ese orden envuelve una realidad mucho mayor que la de la coyuntura política norteamericana de 2016-2017. Visto en términos más amplios que los utilizados por esos autores, la crisis del orden liberal supondría la consideración histórico-política de un orden soportado por la actual cultura dominante que, con cierta laxitud, podría estimarse como el orden pos-Revolución francesa, aunque sus raíces, en cuanto cosmovisión o *Weltanschauung* puedan encontrarse en los siglos XVI y XVII. Si ello es así, la fenomenología observada en los Estados Unidos con ocasión de las elecciones presidenciales de 2016 representaría un anillo más en la cadena de indicativos cultural-histórico-políticos que vienen indicando desde inicios del siglo XX la certeza de un cambio de época. Son señales que, más que una aislada consideración *a se*, requieren, además, su valoración como conjunto que indica una unidad de tendencia hacia un cambio —lento, como todos los cambios de este tipo, en cuanto suponen una progresiva gradualidad, a veces de siglos, hasta lograr su especificidad histórico-política— de los paradigmas que han tipificado el tiempo histórico que muere.

En su edición de marzo-abril de 2017, *Foreign Affairs* publica un artículo de Walter Russell Mead titulado *The Jacksonian Revolt: American populism and the liberal order*. Allí remite el populismo de Donald Trump al populismo de Andrew Jackson, séptimo presidente de los Estados Unidos. Mead señala que el populismo jacksoniano tuvo una política exterior intermitente, porque consideraba que, más que un papel determinante en los asuntos mundiales, el mandato recibido del país era lograr la igualdad y dignidad de sus ciudadanos. Mead manifiesta su preocupación por la que será la política exterior de la Administración Trump, porque estima que por primera vez en setenta años

ha sido elegido un presidente con total menosprecio de las políticas, ideas e instituciones de la política exterior norteamericana vigentes desde la segunda posguerra. Quizá la opinión de Mead resulta exagerada. Si bien acierta, a mi entender, al resaltar el escepticismo jacksoniano respecto del compromiso norteamericano en los asuntos mundiales, no da la impresión, ni por la campaña ni por el inicio de su mandato, que Donald Trump ignore las complejidades del mundo actual ni que desee tomar la senda del aislacionismo. Sí pareciera, sin embargo, que, en la unidad de la política del Estado, la política interna tendrá prioridad sobre la política exterior. Pero tanto la política interna como la política exterior de la Administración Trump pueden ser vistas en el marco general de la crisis de la modernidad, en su especificidad norteamericana.

No se aspira en estas páginas a tratar a fondo, ni siquiera a esbozar plenamente, la crisis de la modernidad, o, si se prefiere, de la posmodernidad. Se desea, sí, aportar elementos para que el lector inteligente nutra su reflexión crítica sobre los complejos tiempos en los cuales le ha tocado vivir. Así, dando por supuesto que hablar de la crisis de la modernidad o la posmodernidad nos llevaría mucho más atrás, el punto de partida de mayor relevancia, a efectos de estas páginas, se colocará, razonadamente, en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en cuyo centenario nos encontramos, y en la ruptura del mosaico del orden eurocéntrico, que después de ella se hizo patente con la eclosión de los nacionalismos y la realidad inhumana de los totalitarismos del siglo xx (Rusia, 1917; Italia, 1922; Alemania, 1933).

Como el orden liberal al cual hacen referencia los autores mencionados fue la respuesta a los totalitarismos que nacieron y se hicieron con el poder durante la Primera Guerra Mundial (comunismo bolchevique) o en la primera posguerra (fascismo, nazismo), resulta conveniente decir algo sobre ellos, si es que el orden que nació a causa de la muerte histórica del fascismo y del nazismo (no así del comunismo), pareciera, a su vez, indicar grave estado de salud.

Los totalitarismos constituyeron expresiones de un regresionismo histórico. Se trató, en su caso, de ofrecer como futuro concepciones del pasado, presentes, junto con el sentido trágico de la vida, en el mismo origen de la llamada civilización occidental. El mundo helénico precristiano dio a la estructura histórico-política un valor integrador de la existencia, que hacía a la vida misma de la

persona humana algo sin sentido desvinculado de la polis o ciudad-Estado. Fue un fenómeno histórico-político común a las diversas polis. La elaboración teórica apareció, sin embargo, de manera preeminente, en la literatura y la filosofía de la polis de Atenas. La polis fue, así, no solo un fin ético de la existencia individual, sino el fin ético determinante de los demás fines éticos sociales o personales.

Totalitarismos y fideísmos políticos

Cuando se parte de supuestos totalitarios, se incurre, necesariamente, en el fideísmo político. Tal fenómeno conlleva la exigencia de la aceptación cuasirreligiosa de los postulados políticos propuestos por el totalitarismo. El partido totalitario posee, por ello, características de secta fanática, en la cual, por la cual y para la cual se realiza la secularización de principios y estructuras eclesíásticas. El partido deviene una pseudo-Iglesia, la militancia sustituye a la comunidad de los bautizados, la férrea disciplina se justifica en función de una ortodoxia y una ortopraxis definidas por quienes ocupan el poder interno y en función de su estrategia, interna y externa, de poder político. El mal se concibe en clave de estructuras socioeconómicas e histórico-políticas y el papel del Redentor es ocupado, de manera exclusiva y excluyente, por el partido, que es el alma del Estado cuando no su identidad absoluta.

Lo que tipifica el totalitarismo es la subordinación o aniquilación de la persona, por la vía de la masificación y manipulación, en función de determinados supuestos teórico-políticos a los cuales se confiere un rango dogmático y cuyo cuestionamiento, teórico o práctico, debe conducir, según la mentalidad totalitaria, a la aniquilación personal y social de dicha disidencia.

Desde fines del siglo XVII y a lo largo del XVIII se opera históricamente el ascenso de la burguesía como estamento social. Se fue progresivamente, en ese tiempo, formulando y desarrollándose la ideología ilustrada, típica de la modernidad. Así, el liberalismo democrático, como sustituto (revolucionario) del absolutismo, puede considerarse el aporte de la Ilustración al campo de los sistemas políticos. El siglo XIX contempló la consolidación de los regímenes liberal-democráticos y, a la vez, el nacimiento de las corrientes de pensamiento y de los

movimientos ideológicos cuestionadores, desde su raíz, del mundo burgués. De modo patológico, la novedad teórica y práctica de la política del siglo xx vino dada por los totalitarismos, como expresiones inmanentistas de rechazo absoluto y antagónico (y revolucionario) del orden institucional liberal burgués.

En el siglo xx, los totalitarismos lograron concreción ambivalente en los regímenes comunistas y nazi-fascistas. La clase, la nación y la raza estuvieron en la base misma de las construcciones políticas cristalizadas (no sin respaldo popular en sus orígenes) después de la Primera Guerra Mundial, aunque hundieran sus raíces históricas más importantes en el último tercio del siglo xix. Duraron, como se sabe, el fascismo (1922-1945) y el nazismo (1933-1945) hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945). La segunda posguerra contempló la expansión y consolidación del comunismo. Regímenes marxista-leninistas llegaron a gobernar, durante medio siglo, en todas las latitudes, a un tercio de la humanidad. El comunismo, en el poder en Rusia desde 1917, prolongó, después de la Segunda Guerra Mundial (de la cual se benefició, obteniendo la parte del león en el reparto europeo de los despojos de los derrotados), durante más de cuatro décadas su presencia como uno de los polos de adscripción, como uno de los bloques, en el periodo de la Guerra Fría.

¿Error contra la cultura o error de la cultura?

En la crítica democrática de la segunda posguerra se señaló, a menudo, a las manifestaciones totalitarias nazi-fascistas como un error contra la cultura. Desde los aportes teóricos de Augusto del Noce (1982) suele ampliarse hacia horizontes no solo nacionales la tesis sostenida por este autor respecto de su patria, relevando que tanto el fascismo como el antifascismo italiano provenían de un mismo horizonte cultural. Así, más que un error contra la cultura, el totalitarismo debía, según Del Noce, ser visto como un error de la cultura.

Del Noce señaló, con agudeza, que Antonio Gramsci intentó hacer el recorrido de Hegel a Marx por la senda del hegelianismo italiano y que, paradójicamente, partiendo de Hegel en clave de Croce, en lugar de llegar a Marx llegó a Gentile. Giovanni Gentile, como es sabido, resulta históricamente, junto a

Benedetto Croce, el máximo exponente del hegelianismo italiano. Pero si Croce resultó, a la postre, uno de los paradigmas intelectuales del liberalismo político italiano en su confrontación con el fascismo, Gentile fue, por el contrario, el filósofo oficial del régimen mussoliniano.

El régimen nazi de Hitler y el régimen comunista de Stalin fueron aliados en su postura antidemocrática y cómplices en el repartimiento de territorios y zonas de influencia. Así, firmaron el Primer Pacto Soviético-Alemán (llamado Stalin-Hitler o Molotov-Ribbentrop) en agosto de 1939, en vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial. El Segundo Pacto Soviético-Alemán (Stalin-Hitler o Molotov-Ribbentrop) ocurrió después de estallada la guerra. En efecto, la invasión a Polonia por el Tercer Reich se realiza el 1º de septiembre de 1939; el Reino Unido y Francia declaran la guerra a Alemania el día 3; el Segundo Pacto Stalin-Hitler, que acordaba el reparto de Polonia, fue firmado el 28 de septiembre. El pragmático entendimiento entre los cómplices totalitarios solo se rompió cuando Hitler ordenó la invasión de Alemania a la antigua Unión Soviética (Operación Barbarroja) en junio de 1941. Hasta el ataque a la antigua Unión Soviética, dóciles a las instrucciones de Stalin, los militantes comunistas, incluso en los países ocupados por Alemania, como Francia, se cuidaron mucho de evidenciar una combativa postura antialemana o antinazi. Durante los años de la llamada lucha internacional contra el fascismo (sobre todo en la retórica del Komintern) se puso tácticamente el énfasis de censura en el nazi-fascismo, pero no así sobre el comunismo, en cuanto Stalin resultaba necesario en la lucha en dos frentes de los aliados contra Hitler. (Ese es el periodo de legalización —e incluso de participación en el Gobierno— de los partidos comunistas (PC) en América Latina, con el visto bueno de los Estados Unidos).

El relativismo ético y el pragmatismo maquiavélico fueron características comunes tanto del nazi-fascismo como del comunismo. Y la política de ambas expresiones totalitarias fue siempre una *Machtpolitik*, una política de poder como política de fuerza.

Para Franz Neumann y Herbert Marcuse, ambos integrantes de la primera generación de la Escuela de Frankfurt, el Estado totalitario nazi expresaba la “verdad” del liberalismo. Ante tal perspectiva reduccionista, comenta Aníbal Romero, de manera a mi modo de ver irrefutable, que

la idea marxista del fascismo como “verdad” de la sociedad liberal-capitalista tiene escaso sentido, pues para empezar deja sin explicar por qué el fascismo no puso de manifiesto esa verdad en todas las sociedades capitalistas, en especial en las más desarrolladas de la época, como Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino que solo triunfó claramente en sociedades con arreglos socioeconómicos y tradiciones políticas más bien poco “liberales”, como Italia y Alemania. (2004, p. 59)

Con la pérdida de la persona en el horizonte cultural de la modernidad, las estructuras del poder político, consolidadas en el Estado contemporáneo, permitieron las aberraciones de los totalitarismos, a veces de signos ideológicos contrapuestos, como sistema de funciones dominantes, como sistema de dominio personal y colectivo con ambiciones de totalidad. Por eso, pudo escribir Romano Guardini sobre el Estado moderno:

También él [el Estado moderno] pierde sus vinculaciones orgánicas y se convierte cada vez más en un sistema de funciones dominantes. El hombre vivo retrocede; el aparato administrativo gana terreno. Una técnica cada vez más refinada, de inventario, de “comprensión”, organizadora y de administración oficial, y para decirlo claramente, un modo cada vez más extendido de entender al hombre como factor económico, tienden a tratar a los hombres de la misma manera que la máquina trata a la materia prima con que fabrica un producto. La reacción de las personas violentas es considerada por el “aparato burocrático” como una avería que es preciso dominar mediante métodos más exactos y una opresión más dura. (1982, p. 60)

Y agrega, advirtiendo que el riesgo del totalitarismo no se agota en las formas conocidas del siglo xx:

Tenemos la impresión de que la naturaleza y el mismo hombre están cada vez más a disposición del dominio del poder: del poder económico, técnico, organizador, estatal. Se dibuja con claridad cada vez mayor una situación en la cual el hombre dispone de la naturaleza como dueño, pero